

"Dos retratos al óleo", en El San Lunes, Santiago, lunes 22 de junio de 1885, año I, n. 7.

- (12) Tu faz en dulce nombre resplandece,  
(13) I entre el vago temor i la esperanza  
(14) Constante duras sin mudanza alguna.

- (1) De Herrera.  
(2) De Quintana.  
(3) De Saturnino Martínez.  
(4) De Cadalso.  
(5) De Ramon Palma.  
(6) De Manuel Arjona.  
(7) De Lope de Vega.  
(8) De un anónimo.  
(9) De Francisco de la Torre.  
(10) De Espronceda.  
(11) De Zorrilla.  
(12) De José Roldan.  
(13) De Martínez de la Rosa.  
(14) De Luzan.

### GRAN VERDAD.

En púlpito lujoso encaramado,  
Pobreza el fraile con afan predica,  
I las ventajas del ayuno esplica  
Diciendo que la gula es gran pecado.

El hambriento poeta desdichado  
Encomia en su zahurda triste i chica,  
El lujo, los placeres i la rica  
Mesa, que tiene gusto delicado.

¿Por qué el fraile que traga sin conciencia,  
Quiere que espire su rebaño de hambre?  
¿Por qué el poeta canta la opulencia.

Cuando carece de camisa i fiambre?  
Porque en el mundo de diversos modos,  
Todos procuran engañar a todos.

### DOS RETRATOS AL ÓLEO.

#### I.

Uno de los artistas mas populares de la escena francesa es, sin disputa alguna, el pintor de batallas Horacio Vernet. Su fecundidad es tan asombrosa como inagotable es su inspiracion. Jamás ha tenido mas espléndida confirmacion el proverbio que dice: «Los hijos de tigre... etc.» porque el pequeño Horacio, siendo hijo de Carlos, pintor de batallas, nieto de José, pintor de marinas, teniendo por abuelo materno al eximio dibujante Moreau, por tío al arquitecto Chalgrin, por amigo de infancia a Vincen, pintor notable i, en fin, naciendo en el museo del Louvre (el treinta de Junio de 1789), no podía ser sino artista.

A la edad de nueve años venia a la señora de Perigod dibujos, hechos por él, a veinte i cuatro centavos. Dos años mas tarde, sus dibujos valian diez francos i sus cuadros veinte. Apenas tenia veintitres cuando pintó el retrato de Jerónimo Bonaparte por ocho mil francos, retrato que le valió medalla de primera clase en el Salon de 1812.

La biografía de Vernet es una serie no interrumpida de triunfos.

La senda que le trazó el destino, desde la cuna al sepulcro, estuvo siempre sembrada de flores. Recorrió todas las capitales de Europa; a veces como simple artista i a veces como embajador francés. En la corte de Rusia, el emperador Nicolás lo sentaba a su mesa i se paseaba con él en su carroza.

La lectura de la biografía de Vernet, alegra el alma. No se encuentra en ella esa eterna lucha del jéno con la abrumadora pobreza. Vernet, es el artista mimado de la Fortuna.

No es la biografía de éste la que vamos a narrar; es simplemente un episodio de su vida. Aquella no ha consignado en sus páginas i que nosotros oimos repetidas veces a nuestros condiscipulos en los talleres de la Escuela de Bellas Artes, durante las horas de trabajo.

Los detalles pueden no ser exactos; pero el fondo lo es, i de ello podemos responder al lector. Hélos aquí:

#### II.

Un campesino habia sido enrolado en el ejército. Su corpulenta estatura lo colocó en la pri-

mera fila de granaderos. Era un bello jéven, i de una alma mas bella aun que su físico; rayaba en lo candoroso. Sus camaradas en el rejimiento se divertian con tan *naïve garçon* haciéndole toda especie de bromas que él soportaba con la resignacion propia del hombre sencillo, cuya alma aun no está contaminada con las bromas de la soldadesca, por mas disciplinada que ésta sea.

Un dia manifestó al tambor de su rejimiento que deseaba mandarse hacer un retrato de cuerpo entero; preguntóle cuánto podía costarle i quién sería el mejor pintor. El mui pillastre le contestó:

—Un retrato como deseas no te costará mas de cincuenta centavos, pintado por Horacio Vernet.

—¿Dónde tiene su tienda ese maestro?

—Aquí cerca.

—¿Quieres acompañarme?

—Con mucho gusto.

I ámbos se dirijieron al taller del artista. El tambor iba gozando de antemano con la broma. Ya se imaginaba ver a Vernet correr a palos al pobre campesino. Llegados al taller, el tambor le dijo:

—Entra solo, yo te aguardaré.

I se quedó en la puerta mirando por el ojo de la cerradura i aguardando el momento deseado para ir a contar la carrera de baqueta que del pintor recibiría el granadero.

Al cabo de un cuarto de hora, cansado de esperar, se marchó creyendo que Vernet dejaba en arresto a tan curioso cliente. Pero no pasó así como vamos a verlo.

Cuando el granadero se presentó en el taller se cuadró i saludó militarmente al artista preguntándole si era en efecto el mejor retratista, como se lo habia asegurado un tambor. El pintor, admirado de la belleza i aire marcial, a la vez que de esa injenuidad a que no estaba acostumbrado en medio de tanto pilló, se quedó largo rato contemplándolo entusiasmado, hasta que desarrancando el ceño (contraccion que le era peculiar) le contestó:

—Sí, amiguito, soi en efecto el hombre que usted busca.

—Bien, señor pintor, ¿por cuánto hace usted los retratos?

—Por el precio que me paguen.

—Está bien; pero yo soi pobre i quiero saber el precio para saber a qué atenerme.

—Lo haré por cinco francos.

—Carito me parece; pero no importa, si queda bien.

Ha de saber usted que dentro de ocho dias es el santo de mi madre i quiero dar una sorpresa a la buena viejecita enviándole mi retrato, ya que el servicio me impide ir, como en años anteriores, a abrazarla. Ya me parece verla sorprendida, sin poder reconocermé por el traje de granadero con que jamás me ha visto. Estas botas, este gran sable, el morreon con plumas, los cordones de este elegante uniforme, ¿no cree usted que me dan cierto aspecto de jeneral? Imposible que mi madre me reconozca a primera vista, ¿no es verdad?

I la fisonomía del mozo irradiaba alegría al imaginarse la grata sorpresa que experimentarí a su buena madre.

Vernet, contento de encontrar esa alma candorosa envuelta en tan bello exterior, cojió una tela i bosquejó en un par de horas la arrogante figura del granadero. Cuatro dias después el retrato, estaba terminado. Los amigos i admiradores del artista no se cansaban de contemplar esa obra maestra.

Cuando fué a pagar, el pintor le dijo:

—Con esa plata, amigo mio, compre usted un ramillete de flores i envíelo a mi nombre, a su señora madre el día de su cumpleaños.

El pobre mozo, dió las gracias.

La alegría i las lágrimas de la madre, al ver el retrato de su hijo, ya se las imaginará el lector.

#### III.

En la época en que esto sucedía, Vernet llegaba al apogeo de su talento i de su fama. Era el pintor a la moda para la aristocracia. Rostchild, que ya era el príncipe de los banqueros de Europa, talvez mal de su grado, tuvo que pagar su tri-

buto a la moda i encomendó su retrato al Vernet se puso a la obra.

Una vez concluida ésta, preguntó el nario:

—¿Cuánto os debo, señor pintor?

—¿Este respondió: «Treinta mil francos».

—¡Por Jeovah! exclamó el judío: me parece demasiado, demasíadísimo caro, señor artista, tiempos estan malos, apenas se gana para pa, no es posible dar ese precio por un pedacito de tela.

El artista, mordiéndose los labios, se dio cuenta pudo i contestó:

—Señor Rostchild, es lo que jeneralmente pagan por trabajos de esa clase; no veo por qué a vos os haría rebaja en el precio.

—Pero es digo, señor artista, que los tiempos no están para votar la plata por la ventana, bajando a ese precio, pronto llegarías a ser hombre mas rico del mundo.

—Señor, pingun artista ha llegado hasta ser un Rostchild.

—Está bien; pero seamos buenos amigos, daré otros trabajitos; veinte mil francos osaré por éste.

—Os he dicho mi último precio, señor, más, no consentiré en trabajaros para otra cosa, no quiero que arrojéis vuestro dinero por la tana.

—Estos artistas no comprenden los negocios, siempre están con susceptibilidades. ¡Vamos! gó palmecándole familiarmente el hombro, le ventitecinco mil.

—No acepto por un céntimo ménos.

—¿I qué haríais si yo no tomara el retrato?

La paciencia del artista se agotó.

—Esto es lo que haría, señor! exclamó un puntapié rompió el retrato.

Luego, llamando al sirviente, le dijo:

—Conducid al señor Rostchild a la puerta, seguida raspó un fósforo, encendió su cigarro, se sentó tranquilamente a fumar.

#### IV.

Un año después el público se agrupaba en las galerías de Versalles a contemplar el cuadro de mas vastas dimensiones (veinte i tres metros largo) i de composicion mas complicadas que liera del taller del inspirado Vernet: *La batalla de Smala*.

En el centro de esa vasta composicion se ven todas las miradas a contemplar la figura de un judío que huye desesperado ante aproximacion de los soldados franceses. Tiene los cabellos erizados, los labios contraídos i los ojos como salidos de sus órbitas. Hay miradas que se quitan a uno i otro lado como un hado perdido, apretando contra su pecho un saco lleno de escudos i de aliajas del que parece cuidarse como de su propia vida.

Todos exclaman a la vez: *Ése es Rostchild, ¿eh? I el pueblo espiritual, burlesco, satírico, excelencia, rie a sus anchas i comenta a los ojos los motivos de la venganza del artista.*

La noticia llega a oídos del banquero el día. Este envía empuños, parlamentarios, tras otros para obtener del pintor que le hiciera el retrato del cuadro. Se le suplica, se le amenaza se le ofrecen sumas fabulosas; pero el pintor Vernet solo contesta: «El señor Rostchild me pagó caro el primer retrato que le hice, el segundo no le cuesta nada i está en un lugar mas cómodo que su salón».

Dicen que desde esa época el banquero se fue mas a Versalles. Nosotros, que íbamos con frecuencia a estacionarnos en la contemplacion de las obras maestras que encierra esa galería, no le contramós jamás; en cambio siempre que nos fuimos al frente de ese cuadro, oíamos pronunciar su nombre a los visitantes i decir que el cuadro era de una semejanza que no dejaba nada que desear.

¡Por el primer retrato Vernet rebajó 25 francos; por dar unas cuantas pinceladas al cuadro para quitarle el parecido dicen que rebajó 25.000 libras esterlinas!...

Por nuestra parte estamos convencidos de que habria pensado 25 millones de esas tentadas relucientes monedas.

V.

cuenta un biógrafo que durante una conversación animada, en la cual Vernet sostenía sus ideas liberales i humanitarias, el emperador Nicolás de Rusia, que presidía la tertulia, en su propio palacio, dijo al artista en tono de reproche: «Vuestras teorías me agradan; pero si yo os permitiera que empuñárais la paleta para trazar en el muro las victorias de la Rusia sobre la Polonia, ¿os me complaceríais?»  
—Sí, contestó éste, ¿por que no habría de hacerlo? Yo he pintado a Cristo en la cruz...

VI.

El bien, el hombre que así contestaba al soberano, que, como el Júpiter Olímpico, con un frumido del entrecejo hacia temblar a tantos millones de hombres, ¿podría guardar más atención con el tacano i regoleon Rostchild, que, a despecho de su inmensa fortuna, no pasaba de ser simple banquero?  
Vernet, ciudadano francés, nacido en el corazón de París, de donde partían innumerables leñones conquistando el mundo como los de la antigua Roma, que volvían triunfantes narrando victorias, el artista se apresuraba a pintar en admirables cuadros, antes que la historia las grabara en las páginas; él, que tanto culto tenía por el arte i la patria, como desprecio por la fortuna *superflua*, por lo cual retrataba gratis al rústico granadero i una patada rompía una tela de valor de 25,000 francos, ¿podía tener simpatías o mas miramientos por un judío que se naturalizaba ciudadano francés, como se hubiera naturalizado araucano, en la patria de Caupolicán hubiera podido haber su fortuna, como en Francia?  
Al artista que vivía holgadamente i que rodeado de la estimación de sus admiradores oía preguntar su nombre por la trompeta de la Fama donquiera que dirijiera sus pasos, ¿le importaba lo el israelita que solo brillaba por su habilidad en el ajedaje, profesion que consista, no en producir obras maestras que instruyan deleitando, sino en *negocitos* que dan resultado el enriquecimiento *excesivo* del banquero i la ruina de familias o de sociedades enteras?  
Tales eran las teorías de Horacio Vernet, i fiel a ellas, trataba como debía a los hombres, sin distinción de rango ni de fortuna.

JOSÉ MIGUEL BLANCO.

Santiago, Junio 20 de 1885.

Correo del Lunes.

Alabado sea Dios! Hasta el agua que abunda en Chile, se ha puesto cara. ¿Cuál es la causa? Un aguador se encarga de la respuesta.  
—¿Pero, hombre, le decía una señora, antes me costaban seis cántaras de agua por cinco centavos i ahora me pides centavo i medio por cada una.  
—Que quiere, señorita, la culpa la tiene el agua.....  
Leído en los diarios que se ha mandado pagar cincuenta pesos a un pintor extranjero residente en Valparaíso, por cuatro retratos al óleo, *sus respectivos marcos*, que trabajó para las salas del crucero *Esmeralda*.  
¿Se llama echar a perder el oficio. ¿Pintar retratos grandes, ponerles marcos i cobrar solo veinte y cinco pesos!  
¿Se ya no es arte, esto es pintar a grandela? ¿Lo visto, con los pintores está sucediendo lo mismo que con los escritores.  
En toda tierra de garbanzos, el escritor recibe, como mal, el precio de su trabajo. En Chile nó. Hay muchos, viejos i jóvenes, que andan haciendo gratis sus artículos a los editores, muchas veces por la tonta vanidad de ver su nombre en las letras de imprenta.  
Un editor mui honorable le decía a un antiguo periodista que le llevó algunos artículos:  
—Yo aprecio mucho las producciones de su pluma; sé que cada artículo vale lo ménos diez pesos; pero ¿que quiere! si por el correo recibí todos los días tantos que no me cuestan nada. Al-

go mas, en cada uno, me atraigo un agradecido. ¿Tendré necesidad de pagar para llenar mi publicación?

Hé ahí, pues, que estos escritorzuelos son como el perro del hortelano: ni comen ni dejan comer. I, si así se maiza tambien el arte, lucidos vamos a quedar!

Debo un voto de aplauso a la Empresa del ferrocarril urbano de Valparaíso por la feliz idea de hacer construir sus carros en el país, en vez de traerlos de Estados Unidos como la Empresa de Santiago.

Los carros trabajados en la fábrica de la Avenida de las Delicias, en Valparaíso, han resultado excelentes.

¿Que imiten este ejemplo todos los chilenos *extranjeristas*!

Ciento quince mil volúmenes cuenta ya la Biblioteca Nacional. Como se vé, la suma no es despreciable. Falta que pronto se instale la biblioteca, no la suma (en su nuevo local i que se abra de noche. Tambien es preciso que se aumente la renta i el número de empleados.

Ha salido a luz un grueso volumen de versos que llevan el siguiente título: «El hombre antiguo i medio, o sea breve revista sobre el hombre histórico en sus dos primeras edades, seguido de un apéndice de composiciones sobre diversos temas, poesías por Juan José Hernandez.»

El libro es en 4.º i consta de 408 páginas. El trabajo tipográfico es magnífico.

En cuanto a la parte literaria, sospecho que el autor cree que ha escrito un poema épico que deja mui atras a la *Iliada*.

Antes de seguir adelante debo de advertir que hai dos consideraciones que me impiden ser tan imparcial como debiera al hacer esta crítica, a saber: el autor, abogado de Valparaíso, peina canas i tiene numerosos hijos.

Me limitaré, por esto, a dejar que el público juzgue por sí mismo. Yo declaro que no he encontrado una estrofa mala en toda la obra; pero como puedo estar ofuscado o inconscientemente influenciado, voy a copiar algunas textualmente, con su misma ortografía, subrayando solo aquellas palabras o frases que me parezcan mas admirables:

En la página 35 leo,

Lo que digo no es nuevo, i a la ciencia,  
Por no *esponcarme*, no le infiero atrazo;  
Por eso yo os diré del todo franco (¡oreja!)  
Que a la Edad Media paso ya de un *tranco*.»  
(Este tranco es épico).

«Igual cosa me pasa en descripciones  
Urjido de acabar el cuento luego:  
El fuego que me acerca sus tizonas  
A mí tambien me pone como un fuego:  
Las ideas me vienen en montones  
De tal modo que a veces *las reniego*,  
Porque veo que el lienzo se me acaba  
Cortando toda la obra en una *octaca*.»

En la página 102 bajo el título de *Ultimos acontecimientos*, leo esta octava digna de Ereclla:

«Mongoles, Turcomanos, se dividen  
Dos secciones de Europa *corpulentas*,  
I Oriente i Occidente *coinciden*  
Borrando sus linderos *las tormentas*.  
Hasta el día subsisten i presiden  
Las mismas condiciones, con afrentas  
Del lustre i conveniencia de esos países (¡oreja!)  
Que no remueven sus antiguas raíces.» (id)

Solamente 103 grandes páginas, consagra el autor a la parte épica. Las otras 305 páginas están ocupadas con sus poesías sueltas, que son mas numerosas que las estrellas del firmamento.

La composicion dedicada a la insigne poetisa doña Jertrudis Gomez de Avellaneda, página 105, principia así:

«Admirador ferviente  
De tu Musa sublime,  
Jertrudis clara, emperatriz del Pindo,  
Con tu ritmo eminente  
Mi nada aliento, exalto i aún sublevo;  
I al pedestal me llevo  
De tu fúlgido trono  
A ofrecerte en mi entonces,

El sentido homenaje que hoy te rindo.  
Nacido en la ribera del *Coquimbo*,  
Que en el cielo sus brumas acumula,  
I bajo influjo de esta tibia zona, (¡oreja!)  
Mi inspiracion es nula;  
I el anhelo del alma así, *frustráneo*,  
Débil luz lleva al *cráneo*,  
Para lucir *corona*, (¿será calvo?)  
Del antro tenebroso de su limbo.»

Para cantar la gloria de Prat, ha tenido esta sublime estrofa:

«Si lo conserva; porque Prat no ha muerto,  
De su patria en el alma que lo adora:  
Porque su alma lo *es* i lo palpa ahora  
Con la vida inmortal, *en rango cierto*.»

Después hai una composicion titulada: «El hombre EN FAZ de la astronomía». Confieso mi ignorancia. No sé lo que quiere decir este *faz*.

Tambien ha dedicado en la página 145 varias estrofas a *El gusto por la bella*. I para prueba de buen gusto, allá va la primera:

«Admirador eterno de universal belleza,  
En todo aspecto suyo, sin cuidarme cual sea,  
(¡oreja!)

*Fotográfica* mi alma copia *ácida* su idea,  
*Eléctrica centella*, *la alumbra en mi cabeza*.»  
¿Verdad que no se pueden aplicar a este autor las estrofas que él ha dedicado a *Un poeta novel* i una de las cuales dice así:

«Que aunque hables con Satanas  
I tu garganta haga esfuerzos,  
No harás cantables tus versos;  
I al no serlo, no hagas mas.»

Para dar consejos, somos mui buenos los que miramos la paja en el ojo ajeno.....

A don Francisco Encinaurren H. le dedica un soneto que es divino:

Allá van los dos tercetos.  
«Lacoste de santo ministerio  
Fué devorado por hambrientas boas  
I el culto patrio consagróle altares.

Honra tú el tuyo con *leal criterio*  
I el pueblo, i el navío i LAS CANOAS (!!!!)  
*Acordes te alzarán bellos cantarcas*.»

Me falta el espacio i por eso, con pena, dejo de transcribir otras muestras.

Pero no puedo dejar de dar a conocer esta estrofa dedicada a la bella pecadora de Atenas, Aspasia:

«Aspasia fué mujer tan hechicera  
Que el hombre al recordarla, si la invoza,  
Parece que *tragársela quisiera*  
*Abriendo involuntario una ancha boca*.»  
Ahora niéguenme ustedes que adelantau las letras en Chile!...

JUAN DE RADA.

MOSAICO.

Un bolsista mui avaro i algo tartamudo, decía ayer a propósito de lo caro que está todo.

—¿Querrán us... te... des creer... que me... ha costado diez... pesos un... un... un... pan.....

—No puede ser,—interrumpió vivamente otro bolsista.

—Sí, señor, diez pesos... un pan... pan... talón.

Una se bebió una azumbre  
I pegó a su mujer, segun costumbre,  
Por aquella paliza fué encausado,  
I así le defendía su abogado:  
—Si pegó por costumbre, está bien hecho,  
La costumbre hace lei, segun derecho:  
Ella, por consiguiente, le autoriza  
A pegar a su esposa una paliza.

Cuántas veces en este verde prado  
Que alegre fecundiza un arroyuelo,  
(¡Al! temo enternecerme demaciado)  
Los pantalones me bajó mi abuelo.  
I después de esbarse cruelmente  
En mi carne inocente,  
Sin dula conmovido  
El pantalón de nuevo me subia.....  
¿Por qué calveis a la memoria mía,  
Tristes recuerdos del placer perdido?